

RESEÑAS

RAFAEL GAUNE CORRADI, *Los ojos y las manos del jesuita Diego de Rosales. Un retrato editorial entre América y Europa, siglo XVII*, Santiago, Editorial Universitaria / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2021, 146 págs.

En *Escritura y salvación. Cultura misionera jesuita en tiempos de Anganamón, siglo XVII*¹ el historiador Rafael Gaune analizó el lenguaje religioso, las prácticas políticas, las opciones jurídicas y las redes globales de la cultura misionera de la Compañía de Jesús, entre la frontera más austral del catolicismo y el Imperio español y sus epicentros, desde la llegada de los primeros misioneros jesuitas al Virreinato del Perú en 1568, hasta el año 1626, que marcó el fin de la guerra defensiva impulsada por Luis de Valdivia en el sur de Chile. En ese libro, para cifrar la multiplicidad de las formas y las distintas perspectivas que convergían y divergían al interior de la Compañía, Rafael Gaune recurrió a la figura del caleidoscopio, cuyos principios constructivos fueron apuntados en 1646 por el jesuita Athanasius Kircher en su *Ars magna lucis et umbrae*. En ese libro, el religioso describió algunos “artilugios catóptricos” que producían “una innumerable multiplicación de la imagen, una increíble variedad de metamorfosis”².

El caleidoscopio es un dispositivo óptico que, al girarlo, pone en movimiento la combinación de las piezas traslúcidas que están en su interior. A partir de ellas y sus reflejos en los espejos que lo integran, se crean múltiples combinaciones de imágenes, siempre simétricas, que pueden originarse en el centro o desaparecer en él, o bien pueden emerger en torno a sus bordes, en dobles y opuestas oscilaciones. Al igual que las imágenes que aparecen en el caleidoscopio, en *Escritura y salvación*, el centro político-religioso que organiza la estructura de la Compañía de Jesús se dibuja como un núcleo móvil y a veces policéntrico que regula el movimiento y la movilidad de las ideas y de las personas. Las variaciones que surgen de las múltiples posibilidades de combinación de las mínimas partes que componen el caleidoscopio y su obediencia a la estructura especular que las regula, se vuelven, en el libro, una metáfora de los intercambios, transferencias, negociaciones, desplazamientos y dislocaciones que articulan a la congregación. Son, además, una figura de los límites y de los intersticios que separan y de las acomodaciones culturales y negociaciones políticas que conectan y median su proyecto global y universal res-

¹ Rafael Gaune, *Escritura y salvación. Cultura misionera jesuita en tiempos de Anganamón, siglo XVII*, Santiago, Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2016.

² Athanasius Kircher, *Ars magna lucis et umbrae*, Roma, Sumptibus H. Scheus, 1646, figura XXXII en p. 892 y p. 895.

pecto a la multiplicidad de subjetividades individuales y locales que conforman el cuerpo móvil, diverso y unificado de la orden jesuita.

El caleidoscopio es, por otra parte, un símil de la polifonía de voces que convergieron en la escritura jesuita y del ejercicio historiográfico que Rafael Gaune realiza. En *Escritura y salvación*, cada capítulo entrega al lector una visión diferente y complementaria de los mismos actores, que se superpone a la que antecede y da forma a la que sigue. Como las pequeñas piezas y los espejos que el caleidoscopio aloja en su interior, a la multiplicidad de fuentes textuales, el libro sumó imágenes de grabados que interrumpen la linealidad del texto y son interpretadas, además, por dos académicas o académicos distintos, cuyas miradas y perspectivas se integraron y fundieron a la lectura de la cultura misionera jesuita del período.

En *Los ojos y las manos del jesuita Diego de Rosales. Un retrato editorial entre América y Europa, siglo XVII*, Rafael Gaune vuelve sobre los motivos y algunos de los documentos y fuentes que integran su primer libro e incorpora nuevos expedientes para delinear aspectos de la vida del misionero y los vínculos entre ella y la *Historia general del Reino de Chile, Flandes indiano* (1674), su obra mayor. Puesto que Diego de Rosales desembarcó en Lima dos años después del cese de la guerra defensiva, el libro que reseñamos proyecta los temas que constituyen el nudo de *Escritura y salvación* hacia los siguientes cincuenta años del siglo XVII. A través de los distintos capítulos que lo conforman, vemos cómo la tradición escritural jesuita, los epicentros políticos y religiosos de la Compañía de Jesús, del imperio y del virreinato, los intercambios epistolares y el secreto, el llamado a la conquista espiritual y las relaciones con indígenas, soldados y encomenderos modelan y afectan la biografía y la escritura del cronista.

Las acciones que Diego de Rosales emprendió, el particular giro que este dio a los argumentos y diálogos en sus obras, las cartas que escribió y los móviles contextos en los que debió vivir contribuyen a delinear su retrato editorial. Rafael Gaune sitúa al jesuita en los lugares, tiempos y culturas a los que perteneció: las redes globales que la Compañía extendió por todo el orbe, la forma en que las prácticas y los saberes misioneros circularon por esas redes, los contextos políticos y las convenciones narrativas en la que se inserta su obra. De esta manera, el retrato que el autor bosqueja del jesuita en el fin del mundo y el muy amplio mundo en el que circularon sus manuscritos y cartas se iluminan de manera recíproca.

A la posibilidad de presentar distintas visiones de un mismo objeto móvil, que el retrato comparte con el caleidoscopio, la realización de un retrato suma su capacidad implícita de observarlo al sesgo y poner en evidencia sus múltiples aristas. A través de las distintas elecciones que se juegan en ellos, se vuelve explícita, además, la subjetividad de quienes los trazan. Como veremos, la imagen del retrato es, al interior de *Las manos y los ojos del jesuita Diego de Rosales*, otra figura dúplice, que permite al autor describir y pensar su objeto y exponer su clave metodológica.

Rafael Gaune sitúa el origen del libro en el “vértigo filológico” (p. 11) que produjo en él la relectura de la *Historia general del Reino de Chile, Flandes indiano* mientras

preparaba las notas para su nueva edición junto el equipo que dirige el filólogo Miguel Donoso. Revisó y reescribió, entonces, varios artículos sobre Diego de Rosales que había publicado entre los años 2013 y 2018 y aunque en ese proceso les dio una nueva ilación, cada acercamiento mantuvo su carácter parcial. De este modo, si en *Escritura y salvación* las descripciones y análisis de los grabados hechos por otros estudiosos abren las posibilidades de interpretación de los documentos, en *Los ojos y las manos del jesuita Diego de Rosales*, esa misma diversidad de perspectivas y miradas sobre el objeto de estudio están dadas por los sucesivos hallazgos en archivos y las preguntas y conjeturas que esos documentos encontrados o revisitados suscitaron en el mismo autor, en diferentes momentos. Así, mientras recorremos la carrera eclesiástica del sacerdote y el proceso de escritura de los manuscritos vinculados a la *Historia general del Reino de Chile*, al leer el libro adivinamos cómo la presencia o la ausencia de vestigios materiales sobre el jesuita fue también dando forma al historiador que lo estudia, edita y retrata. La línea que va dibujando el retrato editorial del cronista del siglo XVII se entrelaza y tensiona, entonces, con una pregunta sobre los métodos del historiador que, trescientos cincuenta años después, estudia su obra e indaga en sus motivaciones.

En los distintos capítulos, Rafael Gaune analiza las tácticas desplegadas por Rosales para filtrar, descifrar y traducir el territorio, sus habitantes, la labor misionera y la guerra. Al hacerlo, pone también en evidencia las elecciones metodológicas que él mismo ha hecho confluír para reconstruir las intenciones del jesuita y componer, a partir de unas fuentes que ofrecen siempre elementos parciales, la trama ordenada y coherente de la historia. Si tal como demuestra Gaune, el misionero se vale, en su obra principal y en la carta que envió a Luis de Valdivia en abril de 1643, de una estructura narrativa que confronta la conquista temporal a la conquista espiritual y de una erudita *accommodatio* como estrategia para comprender las prácticas de los indígenas y propiciar la mutua adaptación, el retrato editorial de Rosales se construye, según anuncia el subtítulo del libro, desde varios juegos de distancias: la espacial y cultural que separa los márgenes del confín meridional americano respecto a Europa; la que media entre el siglo XVII, en el que el jesuita escribió su obra, respecto al siglo XIX, cuando aparece impresa por primera vez y, ciento cincuenta años más tarde, el momento en que Rafael Gaune publica este libro y se proyecta una nueva edición de la *Historia general*.

Siguiendo de cerca a Michel de Certeau y Paul Ricoeur, en “Editar es retratar”, Gaune compara la construcción del retrato del jesuita con el gesto de dar sepultura y hacerle, entre los vivos, un lugar a los muertos. Como un memorial o una tumba, el retrato editorial que el autor traza de Diego de Rosales busca “la restitución de la vida a los muertos”, “dejar una memoria y evitar la verdadera muerte: el olvido” (p. 13). La lectura y la escritura son, entonces, lugares liminales en los que el historiador se encuentra con los que escribieron y vivieron en el pasado. En esos umbrales, Rafael Gaune acepta la invitación que hiciera el filólogo y filósofo Friedrich Nietzsche en el prólogo de *Aurora* a “mantenerse aparte, darse tiempo, volverse silencioso, hacerse lento” (p. 11).

Editar y retratar son trabajos que comparten una vocación profunda y subterránea a la que el autor alude a través de su diálogo con Paul Ricoeur, Michel de Certeau y Friedrich

Nietzsche. Ambas palabras contienen en sus raíces el acto de traer hacia el exterior (*edere*) algo que permanece oculto en la superficie y de “traer hacia atrás”, de “hacer volver” (*retrahere*) a los que están ausentes. “Hacer presentes a los ausentes”, “presentar como vivos a los que murieron hace siglos”, eran las condiciones que, de acuerdo al célebre tratado *De Pictura* (1435) de Leon Battista Alberti, debían tener los retratos pintados³. En esa definición, el humanista comparaba explícitamente a la “fuerza tan divina” de la pintura con la amistad, que para Cicerón volvía “a los ausentes, presentes”, “a los muertos, vivos”⁴. Se entiende así que el retrato editorial al mismo tiempo íntimo y riguroso que Gaune traza de Rosales, se proponga “crear un diálogo con él y otros muertos” (p. 13).

Si Plinio escribió respecto a los retratos imaginarios de Homero que “los deseos crean los rostros que no se han transmitido”⁵, el retrato editorial que Rafael Gaune esboza del jesuita está hecho también a partir de vacíos, fisuras, historias parciales e intenciones ocultas. Lejos de las vidas ejemplares que el mismo Diego de Rosales escribió de otros misioneros y que probablemente él mismo aspiraba a merecer, este retrato articula los dispersos testimonios documentales en torno a la frustrada publicación de la *Historia general*, el fracaso de su proyecto editorial.

Al igual que su retratado, para conformar la imagen del misionero, Gaune se ubica en las periferias y márgenes. A través de preguntas certeras, interroga una carta de Diego de Rosales que nunca leyó su destinatario⁶ y un documento genealógico que forma parte de la burocracia eclesiástica⁷. La idea es no conformarse con las preguntas más evidentes y obligarse a leer las fuentes y los hechos a contraluz y “buscar otras preguntas desde el contexto” (p. 60). De esta forma, la fecha en que Rosales presentó la genealogía de sus ascendentes maternos y paternos a la Inquisición de Toledo para poder acceder al cargo de calificador de la Inquisición de Lima, se vuelve una pista que le permite demostrar que el prestigio del cargo fue parte de las estrategias ideadas por el jesuita para asegurar la futura aprobación del manuscrito de la *Historia general del Reino de Chile*. Al mismo tiempo, el documento permite ver desde un lugar marginal, un problema central y de “espesor subterráneo y epidérmico” (pp. 57-58), el de la limpieza de sangre, con la consecuente instauración de la Inquisición en las tramas de la monarquía española y la extensión de la “pureza de sangre” como un elemento de exclusión y control social en todas las redes sociales y políticas del imperio y de la Compañía de Jesús. De igual manera, si en su superficie la comparación de Chile con Flandes evoca los conflictos bélicos que se batían en los confines de Europa y América, visto desde la tradición jesuita es un filtro que permitió a Diego de Rosales descifrar, interpretar, adaptarse, reducir y domesticar al otro indígena en una taxonomía⁸. En esa analogía “no solo hay guerra, sino

³ Leon Battista Alberti, *De Pictura*. En: *Opere Volgari*, volume terzo, Bari, Gius. Laterza & Figli, 1973, II, 25, p. 45.

⁴ Cicerón, *La amistad*, Madrid, Trotta, 2002, 7, p. 23.

⁵ Plinio, *Naturalis Historia*, Torino, Giulio Einaudi editore, 1988, tomo V, libro XXXV, p. 300.

⁶ Gaune Corradi, *Los ojos y...*, *op. cit.*, cap. 1.2: “Entre los vivos y entre los muertos”.

⁷ *Op. cit.*, cap. 1.3: “Sin manchas de sangre”.

⁸ *Op. cit.*, cap. 2.3: “Descifrar el Flandes indiano”.

el deseo de habitar el espacio por medio de la *accommodatio*, las ansias de conocerlo a través de la anticuaria, la capacidad de cristianizarlo y convertirlo. En fin, *Flandes indiano* fue una traducción y catalogación que permitió a Rosales, una vez identificados los ritos de los indígenas, convertir y comenzar a escribir la narración histórica desde el libro III” (p. 118).

La relación entre los manuscritos del misionero y la cultura escrita de la Compañía de Jesús del siglo XVII es el eje que reúne a los tres ensayos que integran el segundo capítulo de *Los ojos y las manos del jesuita Diego de Rosales*. Modelada conforme a “un orden ideal europeo, centralista, dogmático y triunfalista” (p. 68), la tradición escritural jesuita da forma, a su vez, a la experiencia y la escritura del sacerdote. A partir de ella, tal como se señaló, Gaune descifra la imagen del Reino de Chile como un Flandes indiano y da cuenta de los intersticios que unen y también separan los escritos de Rosales y Alonso de Ovalle e ilumina los procesos de traducción del territorio y los habitantes de ambos⁹. Tanto en esta última relación, como en el análisis de las voces y las fisionomías coloniales de los indígenas que el jesuita incluye en sus manuscritos¹⁰, los énfasis están puestos en las preguntas que quedan abiertas.

Las arengas de los indígenas introducidas en la *Historia general* y los diálogos entre estos y los jesuitas en las biografías de los misioneros en la *Conquista Espiritual* trazan, en *Los ojos y las manos del jesuita Diego de Rosales*, una suerte de retrato oblicuo, en anamorfosis, del jesuita. Ellas nos hablan “más sobre el autor que sobre los indígenas, representando una disonancia consciente” (p. 78). A través de esas voces, el misionero pudo decir que el motor de la guerra era la codicia española y la esclavitud; justificó los enfrentamientos al mostrar que estos podían ser una consecuencia de la violencia y el desenfreno de los “indios infieles”, habló de los logros de las siembras espirituales a través de los convertidos y de la templanza y autodisciplina de los misioneros, cuando las palabras de los indígenas se oponen a las creencias católicas y revelan “los ardides del demonio”.

Lejos de presentar un rostro uniforme, el retrato que Rafael Gaune bosqueja de Diego de Rosales considera distintas perspectivas, que vuelven compleja su imagen y evidencian su condición fragmentaria y construida. En cada uno de los casos y documentos estudiados, el historiador pone énfasis en las contradicciones e invita al lector a buscar otras relaciones y respuestas. En varias oportunidades, la línea que traza el retrato en *Los ojos y las manos del jesuita Diego de Rosales* se vuelve tenue y a veces desaparece o queda velada por las sombras. Al igual que en el dibujo de un retrato, son, sin embargo, esos juegos de distintas intensidades y vacilaciones los que permiten plasmar la tercera dimensión y dan a los inmóviles cuerpos retratados, un efecto de volumen, una sensación de vida.

SANDRA ACCATINO
Universidad Alberto Hurtado

⁹ *Op. cit.*, cap. 2.1: “Intertextualidad: Ovalle y Rosales”.

¹⁰ *Op. cit.*, cap. 2.2: “Guerreros, arrepetidos, transgresores”.